

CUANDO LAS
SOMBRA REINAN
EN EL BOSQUE

TATO AFFIF



tequisté



CUANDO LAS
SOMBRAS REINAN
EN EL BOSQUE



Cuando las sombras reinan en el bosque

© de los textos: Tato Affif, 2023

© de las ilustraciones: Tato Affif, 2023

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2024

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: junio de 2024

ISBN: 978-987-8958-67-5

Editorial Tequisté:

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

📧 @tequiste

📧 @tequiste

📘 @tequisteeditorial

📞 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Affif, Tato

Cuando las sombras reinan en el bosque / Tato Affif. -
1a ed - Pilar : Tequisté. TXT, 2024.

92 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-67-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Literatura Fantástica
Infantil. I. Título.

CDD A860.9282



*Esta historia de leyenda está
dedicada a todas aquellas personas
que creen firmemente en la magia.*





CUANDO LAS
SOMBRA REINAN
EN EL BOSQUE

TATO AFFIF



tequisté

CAPÍTULO I



UN LIBRO DESCONOCIDO

En una sencilla aldea al pie de los Montes Tatra, en el interior de una vieja casa, dos jóvenes hermanas se alistaban para ir a descansar luego de un duro día de trabajo.

La noche, fría y silenciosa, se había desplegado sobre el valle en que vivían como las alas de un cuervo gigantesco, transportando entre sus negras plumas la hora de los sueños. El reloj marcaba las once y en el cuarto de las muchachas todo parecía dispuesto.

—¿Ya estás lista Sasha? —le preguntó Circe a su hermana mientras se cubría con las frazadas hasta la nariz.

—Sí —le contestó—, que descanses. —Y



rápida­mente se introdujo a la cama.

Circe esperó tan solo un puñado de segundos y contraatacó:

—Pero ¡cómo!, ¿te vas a dormir así no más? —se quejó con tono incrédulo.

Sasha sabía exactamente a donde quería llegar con aquella simple pregunta, pero prefirió fingir estar más cansada de lo usual.

—¡Por supuesto! —le contestó al tiempo que ensayaba un bostezo—. ¡A duras penas puedo mantener los ojos abiertos!

—Pero... ¿acaso no vas a contarme un cuento antes de ir a dormir? —protestó Circe con voz suplicante revelando así su verdadero deseo.

—¡Ay, no! —exclamó la hermana mayor—. ¡Por favor, esta noche no! ¡Estoy muy cansada! ¿No escuchaste lo que te dije hace un instante? Papá te contará historias cuando vuelva de la ciudad. Que sueñes con los angelitos y... ¡hasta mañana!

Circe tenía diez años, el cabello castaño y unos ojos tan profundos como el mismí-



simo océano. Parecía una princesa de leyenda surgida desde algún lugar perdido en el tiempo.

Cada noche, antes de ir a descansar, su papá le contaba cuentos junto a la cama para que se durmiera. Pero cuando este tenía que viajar a la ciudad para vender sus quesos caseros, esa responsabilidad —al igual que otras muchas más— recaía en Sasha.

La mayor de las hermanas era tan hermosa como la más bella de las flores. Y sus pasos parecían flotar en el aire como el polen en la brisa de primavera. Aunque, no había heredado ni la paciencia ni la vocación de narrar que tenía su padre.

—¡Dale, Sasha, por favor! Podés buscar un libro de la biblioteca de papá y en dos minutos estarás aquí, leyéndome algo para que me pueda dormir —insistió la pequeña.

—¡Pero ya te leí más de cien veces los libros de cuentos que hay en la biblioteca! ¡Te los conocés de memoria! ¡Por favor, hermanita, no me tortures con esto de nuevo!



—Tal vez encuentres algo que aún no me hayas leído, algún libro de aventuras o de misterio, o mejor... ¡un cuento de hadas!

—¿No te parece que ya estás grande para los cuentos de hadas? —le preguntó Sasha intentando hacerla desistir.

—Papá siempre dice que los cuentos de hadas son excelentes. Porque son el mejor...

—... alimento para nuestra imaginación —completó la frase Sasha—. Está bien, está bien, voy a la biblioteca a ver qué encuentro.

Y diciendo esto, se levantó de la cama y de mala gana fue hasta la biblioteca.

¡No entiendo cómo siempre me convence!, se dijo cuando se paró frente a los estantes atiborrados de libros. Los había de todo tipo: libros de cuentos, novelas, libros grandes, chicos, libros con ilustraciones o muy sencillos, algunos eran de historia y otros de filosofía, unos eran livianos y otros pesados y con varios tomos. El padre de las niñas era un gran lector y, a pesar de su modesta condición, cuando viajaba a la ciudad



para vender sus productos en el mercado, siempre que obtenía por ellos una buena ganancia jamás dejaba de comprar un libro para la biblioteca de la casa.

Con el correr de los años, los rústicos estantes de madera de la sala fueron albergando cada vez más y más libros. La biblioteca entonces inevitablemente se fue ampliando, extendiéndose por tres de las cuatro paredes de la habitación, hasta convertirse en algo admirable y sorprendente.

Sasha comenzó a explorar minuciosamente los anaqueles, buscando algún ejemplar interesante que tuviese algún relato que aún no le hubiese leído a su hermanita. Removió todo y en cada sector. Desempolvó, separó y apiló libros en un costado, cambió de lugar, reubicó y volvió a apilar. Buscó y rebuscó entre las distintas hileras. Por sus manos pasaron todo tipo de libros: de aventuras, de piratas, de reinos lejanos, de mitología griega, de cuentos de oriente y hasta novelas medievales. Pero no pudo encon-



trar uno que no hubiese sido ya leído por su papá o por ella misma a su hermana. ¡La misión indudablemente era imposible!

Aquella noche, Circe se tendría que conformar con alguna adivinanza después de todo. La jovencita, contrariada, acomodó los libros lo mejor que pudo y abandonó definitivamente la pesquisa. Luego, se encaminó hacia la habitación para comunicarle a la pequeña la terrible noticia: no había logrado hallar nada nuevo que leerle.

Pero justo cuando ya se había alejado unos tres o cuatro pasos del lugar, de repente escuchó un *¡Brumm!* *¡Plaff!* *¡Trac, trac, trac, traaac!* *¡Puffff!*

Sasha inmediatamente se detuvo... No necesitó mirar hacia atrás para reconocer aquel estrepitoso bochinche. Ya lo había oído varias veces... ¡Era el inconfundible sonido que hacen los libros al caer!

¡Brrrr! *¡¡Por qué me tenía que pasar esto a mí!!*, se dijo ofuscada. *¡Ahora tendré que levantar todos los libros que se cayeron! Tal vez*

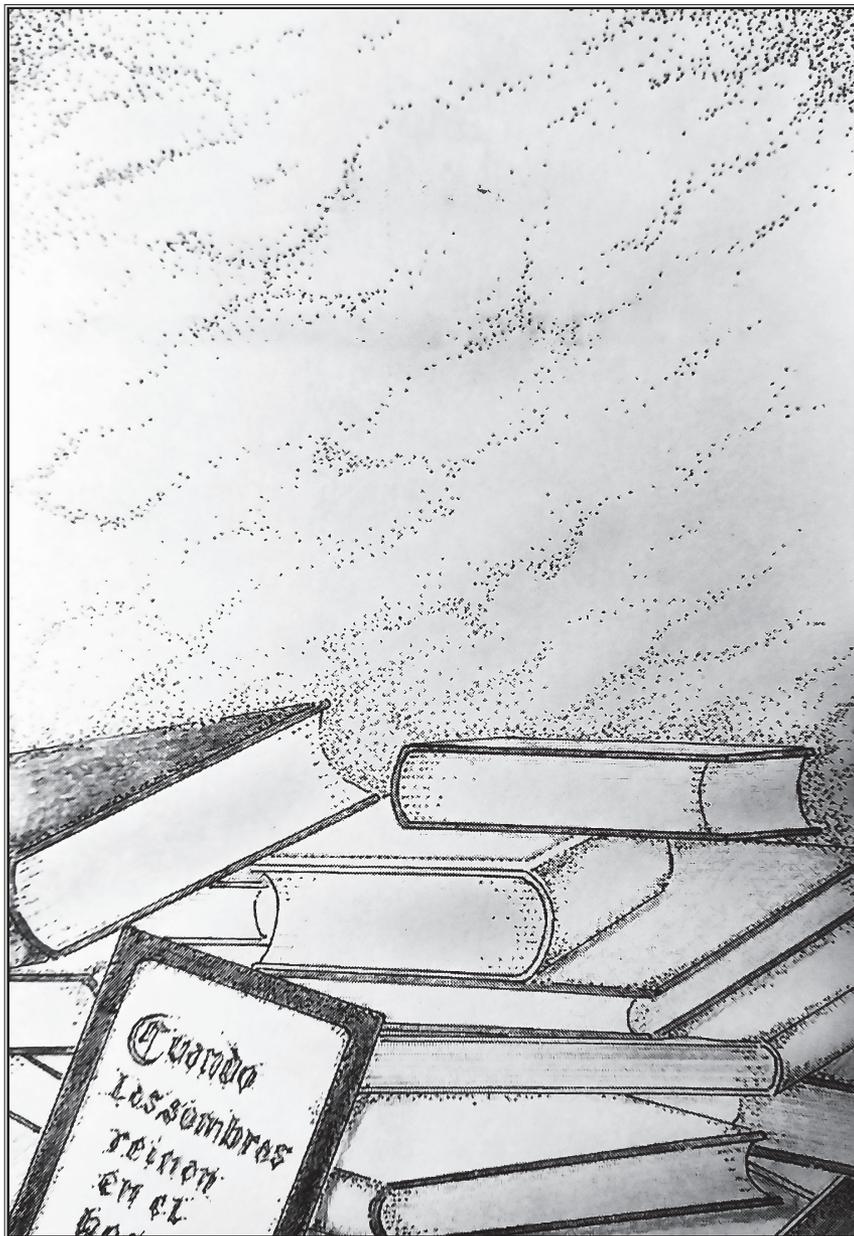


no sean tantos... o... tal vez sí.

Cuando se dio vuelta y miró hacia los estantes, sus temores se vieron confirmados: ¡Un cuarto de la biblioteca se había venido abajo! Había una montaña de libros desparrramados por todo el suelo. Mejor dicho... ¡era todo un cordón montañoso!

¡Ay no!, exclamó más que irritada. ¡Voy a tardar una hora en arreglar este desastre! La jovencita estaba a punto de explotar... ¡Quería gritar! ¡Quería llorar! Pero por sobre todas las cosas... ¡Quería irse a dormir y no podía! Antes, tendría que solucionar el caos que ella misma había generado. *¿Cómo se cayeron estos libros?*, se preguntó mientras se acercaba otra vez a la zona del derrumbe. *¡No pude haberlos dejado tan mal acomodados...! ¡Qué raro es todo esto!*

Sasha se arrodilló junto a la pila desordenada y, resignada, tomó el primer libro para colocarlo en su lugar... Entonces sucedió algo absolutamente inesperado: el ejemplar que al azar había levantado le era por





completo... ¡desconocido! Seguidamente, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y sin saber por qué, sintió un extraño hormigueo en la punta de los dedos.

Se quedó boquiabierta observando las guardas de la enigmática cubierta: era un libro de tapa dura, de un color verde oscuro y relativamente pequeño. A primera vista hubiese dicho que tenía al menos cien años, aunque eso parecía imposible. Sin embargo, era indudable que el libro era muy antiguo. Los bordes de las tapas estaban gastados y ajados, como si hubiese pasado por muchísimas manos y por incontables lectores. Hasta se podía percibir como un característico olor a viejo emanaba desde el interior de sus páginas.

Sasha jamás lo había visto en toda su vida, y estaba segura de que su hermana tampoco lo conocía, de lo contrario, ella lo sabría. Sus ojos se posaron en las góticas letras doradas de la cubierta... y lentamente leyó el título...

CAPÍTULO II



TRATO HECHO

— ¡C irce! ¡Circe! —gritó la muchacha mientras corría hacia la habitación con el desconocido ejemplar entre sus manos.

—¿Qué pasa? —le preguntó alarmada su hermana cuando apareció frente a ella notablemente excitada—. ¿Te volviste loca gritando de esa forma? ¿Acaso viste un fantasma?, ¿un espectro diabólico? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡No! ¡Ni vi un fantasma ni un espectro diabólico! Pero en la biblioteca encontré... ¡esto! —le respondió Sasha enseñándole el libro—. ¿Lo habías visto antes?



En ese momento la pequeña Circe reparó en el libro.

—¡Por Dios! —exclamó entre sorprendida y entusiasmada—. ¡Nunca antes! ¡Te lo juro! ¡Es la primera vez!

—Yo tampoco —dijo Sasha sumamente intrigada—. ¿No es extraño?

Circe de inmediato quedó hechizada con el misterioso ejemplar. Un halo mágico parecía envolverlo. Sus pupilas brillaban al tiempo que lo recorría con la mirada. Y como la pequeña no era de cuestionarse demasiado las cosas, poco le importó su verdadero origen. Después de todo, ya tenían algo para leer.

—¡Qué bueno! —gritó haciendo caso omiso a las dudas de Sasha—. ¡Encontraste un libro nuevo en la biblioteca! ¡Un libro nuevo! ¡Síííí! ¡Yo tenía razón! ¡Síííí!

—¡No seas tonta, te estoy hablando en serio! ¿No te parece raro que nunca antes lo hubiésemos visto?

Circe la observó con el ceño fruncido...



—¡No, no me parece nada raro! —le respondió—. ¡Hay muchísimos libros en los estantes! Simplemente lo habremos pasado por alto. ¡Eso es todo!

—Pero... ¿y papá? —continuó insistentemente su hermana—. ¡Jamás nos lo había mostrado!

—Tal vez lo tenía oculto por alguna razón. O para una ocasión en especial —intentó tranquilizarla Circe restándole importancia a su planteo.

—Tal vez... —murmuró Sasha poco convencida mientras seguía observándolo.

—¡Vamos, hermana, ya no resisto más la ansiedad! ¿Cómo se llama el libro?

Sasha se dejó vencer por el entusiasmo de la pequeña y olvidando de momento sus preguntas sin respuestas dijo:

—Se llama: *Cuando las sombras reinan en el bosque*.

—¡Magnífico! ¡Colosal! ¡Me encanta ese título! ¡Comencemos ya! —exhortó la pequeña—. ¡Adoro tu voz misteriosa cuando lees estas historias!





—¡Circe otra vez tratando de convencerme!

—¡No! —la reprendió su hermanita sin ninguna contemplación— ¡Malhumorada! —continuó—: ¡Tenemos en nuestras manos un libro que nunca antes habíamos leído y vamos a cuestionarnos de dónde salió! ¡Salió de la biblioteca y punto! ¿Cuál es el problema? ¿Desde cuándo hay que pedir permiso para abrir las puertas de la imaginación? ¡Si papá estuviese aquí se reiría toda la noche de tu insólita actitud!

Sasha, se quedó helada ante la cruda sensatez de sus palabras. En el fondo de su corazón sabía que Circe tenía razón.

—Es cierto —le dijo arrepentida—, soy una tonta. Te lo voy a leer, pero con una condición...

—¡Siempre lo mismo! ¡Siempre lo mismo! —se quejó Circe—. ¿Y ahora qué?

—¡Vas a ayudarme a acomodar todos los libros que se cayeron de la biblioteca!

—¡Por supuesto! —le respondió—.

¡Trato hecho!



Entonces, Sasha se acomodó junto a la cama de su hermana y comenzó a leer el misterioso libro...

CAPÍTULO III

CUANDO LAS SOMBRAS REINAN EN EL BOSQUE

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, un simpático y alegre pastorcillo llamado Sebastián.

Sebastián vivía con su madre en una modesta cabaña de troncos, en el corazón de un angosto valle, flanqueado al norte por las montañas más altas de la cordillera de los Cárpatos, y al sur por un muy antiguo, tupido y majestuoso bosque.

En él habitaban muchas especies de árboles, aunque sin duda los más hermosos, amados y respetados por todos eran los



fresnos, los robles y los arces. Cada uno de ellos se destacaba de los otros en una estación diferente del año, haciendo que el bosque cambiara periódicamente su aspecto para deleite de todos.

Al llegar la primavera, por ejemplo, florecían los fresnos. Entonces el dulce perfume de sus flores blancas viajaba a través de las copas de los árboles y bastaba con abrir las ventanas de las casas para que su fragancia penetrara en cada habitación.

Durante el verano, eran los robles quienes se destacaban, luciendo orgullosos sus verdes cabelleras bajo el sol del mediodía, mientras susurraban nostálgicas canciones junto al viento que bajaba de las montañas.

Los arces, crecían por aquí y por allá, entrelazando sus brazos de madera con sus otros hermanos de la floresta. En el otoño teñían sus hojas de color amarillo y ocre y, como verdaderos artistas al pintar un cuadro, combinaban sus tonalidades magistralmente con las demás expresiones de la



naturaleza selvática. Y aquello era tan solo el prelude del “silencio blanco” que llegaría con la fría nieve del invierno.

En cuanto a las criaturas que vivían entre los árboles, en pequeñas cuevas y a orillas de los manantiales, todos lo hacían en un perfecto y armónico equilibrio natural.

Era indudable que había un encanto especial en aquel lugar. Algunos creían que una presencia mágica y pura era la que dotaba a todas las cosas de esa belleza sobrenatural: un unicornio.

El bosque, era atravesado de lado a lado por un angosto pero bien delimitado sendero; tan viejo era, que ya nadie recordaba quién lo había marcado. Era el único camino que había para cruzarlo y así llegar a la ciudad. Sebastián y su madre tardaban dos días enteros en hacer el viaje, debiendo necesariamente pasar una noche en el corazón del maravilloso bosque.

Por aquel entonces, los años pasaban uno tras otro con absoluta normalidad siguiendo

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para continuar leyendo este libro puedes adquirirlo en las principales plataformas online del mundo, tanto en papel como en eBook.

También puedes consultarnos directamente y te asesoraremos con gusto.

WhatsApp: +54 9 11 6154-5552
e-mail: ventas@tequiste.com

www.tequistelibros.com

